

# BIBLIOGRAFIA

## I. RECENSIONES

### A) SAGRADA ESCRITURA

LEHMANN, K., *Auferweckt am dritten Tag nach der Schrift* (Quaestiones Disputatae, 38), Freiburg, 1969, 376 pp.

El estudio de K. Lehmann se coloca en la línea de investigación crítica del Nuevo Testamento. El fin que se propone en este libro es aclarar el significado de la fórmula «resucitado al tercer día según las Escrituras» (I Co 15, 4b).

Es un estudio de gran importancia para la investigación exegética de la «confesión de fe» de Pablo sobre la resurrección de Cristo. K. Lehmann aborda con gran brillantez el estudio de la estructura histórica, literaria e histórico-formal de I Co 15, 3-5, recogiendo los estudios anteriores más importantes, para centrarse en la frase «resucitado al tercer día según las Escrituras».

K. Lehmann recoge las diferentes interpretaciones dadas en las cinco últimas décadas a esta frase, y muestra cómo las interpretaciones dadas son insuficientes.

La tercera parte del libro intenta una nueva interpretación a través del Targum y los Midrasch. «Resucitado al tercer día según las Escrituras» hay que verlo en relación con la literatura del Targum y de los Midrasch: Es una fórmula estereotipada en que aparece la dialéctica desamparo del hombre — auxilio proveniente de Dios, tema muy repetido en los textos bíblicos y en la literatura que con ellos se relaciona.

El libro de K. Lehmann es de gran importancia porque muestra indirectamente también las bases de la interpretación de los textos bíblicos neotestamentarios referentes a la resurrección de Cristo. En efecto, a través de la confesión paulina de fe sobre la resurrección de Cristo, podemos ver el carácter de los textos neotestamentarios que hablan de la resurrección de Cristo. La resurrección de Cristo no nos viene atestiguada de una forma histórico-positiva, sino que el testimonio es esencialmente un testimonio de fe. La resurrección de Cristo nos viene atestiguada, transmitida y creída, siendo imposible hacer disociaciones racionalistas en cuanto al *qué* (was) y al *cómo* (wie) de la resurrección. La interpretación de Bultmann es sólo un «a priori» mental del que parte para montar su «interpretación existencial».

Este esbozo que Lehmann hace en orden a una interpretación de la resurrección queda, no obstante, interrumpido por el intento que el autor hace de estudiar el «triduum mortis» a través de la Historia de los Dogmas, desde los Santos Padres hasta la teología actual, pasando por la teología clásica.

La investigación de Lehmann es una importante contribución a la investigación de la embajada de Pascua paleocristiana. Su mérito principal es mostrar la unificación de exégesis y teología sistemática, problema difícil de resolver en la práctica. El libro de Lehmann es indispensable para los que con espíritu crítico quieran estudiar el problema de la resurrección de Cristo.

Fernando Herrero S.

LAMPE, G. W. H.: *The Cambridge History of the Bible*. Vol. 2: *The West from the Fathers to the Reformation*. Cambridge, at the University Press, 1969, 566 pp.

Especialistas de varios países y profesiones han tomado parte en la elaboración de este denso volumen, que sigue al que editaron Ackroyd y Evans (1969) sobre la historia de la Biblia desde los comienzos hasta S. Jerónimo. En diez capítulos varios expertos en el tema exponen sus puntos de vista sobre la transmisión del texto bíblico, exégesis, versiones, arte y traducciones en lengua vulgar. Al final de los mismos se inserta una selecta bibliografía (pp. 509-540) sobre las materias tratadas en cada capítulo. Siguen cuarenta y ocho reproducciones artísticas escogidas referentes a la Biblia y a la historia de su texto impreso (entre otras: una página del *Codex Argenteus*, de la *Bible moralisée*, dos reproducciones del *Speculum Humanae salvationis* y otras dos de la *Biblia pauperum*). Se cierra el volumen con dos índices, uno general y, otro, de lugares bíblicos.

Sería imposible reseñar en el espacio de unas páginas la riqueza de contenido de este volumen y sus aportaciones al avance de los temas que se ventilan. En el primer capítulo, B. J. Roberts ofrece en pocas páginas (pp. 1-26) una visión sobre el estado actual de las investigaciones en torno a los orígenes del texto masorético, su evolución, su transmisión por las diferentes escuelas masoréticas (Ben Neftalí y Aarón ben Asher) y el elenco de los principales manuscritos. Sus puntos de vista sobre el texto de la versión de los LXX navegan dentro de la incertidumbre y de las hipótesis (Kahle, Barthélemy) acerca de su origen y naturaleza. El texto hebreo traducido al *koiné* en el siglo III a. C., del que habla el Seudo Aristeeas, ¿comprendía sólo el Pentateuco o abarcaba otros libros? Conocida es la posición de Kahle acerca de la pluralidad de versiones de la Biblia en griego en el período precristiano. Aristeeas hablaría solamente de la estandarización del texto de la Torah en griego. En el estudio sobre los Targums no encontramos el nombre de A. Díez Macho. Sin embargo, se recogen los estudios de Pérez Castro sobre el Séfer Abisha, quien determinó que el texto del Pentateuco Samaritano, conservado en Nablus, fue escrito en 1085 por Abisha ben Pinhas.

Otro colaborador, C. Williams, desarrolla el tema de la historia del texto y del Canon del Nuevo Testamento hasta San Jerónimo. Se adhiere a la opinión de Teófilo Ayuso sobre el carácter precesariense de un grupo de códices anteriores al paso de Orígenes por Cesárea. T. C. Skeat dedica el tercer capítulo a un estudio pormenorizado de la producción bíblica primitiva cristiana sobre papiros, pergaminos y códices. Menos especializado nos parece el estudio del Padre E. F. Sutcliffe sobre San Jerónimo. En los datos biográficos depende de F. Cavallera, que algunas veces corrige. Las dudas de San Jerónimo sobre la canonicidad de los deutero-canónicos empezaron hacia 390, pero cesaron en los últimos años de su vida.

Muy denso e interesante resulta el estudio de Rafael Loewe sobre la historia medieval de la Vulgata Latina, en cuyo desarrollo tiene muy en cuenta, quizá excesivamente, los diversos trabajos de B. Fischer. Cree que Teófilo Ayuso, cuya producción científica conoce, ha exagerado la influencia de la Biblia Latina Hispánica fuera de nuestras fronteras. A diferencia de los trabajos anteriores que hemos citado, Loewe respalda sus puntos de vista con una selecta bibliografía al pie de página. Esto permite juzgar de la medida en que es deudor a los estudios que le precedieron. Admite que la historia de la Vulgata Hispánica empieza viviendo todavía S. Jerónimo, en 398 (PL, 22, 671, 688). El *Codex Cavensis* (C), escrito probablemente en Asturias después de 850, es, en general, un texto itálico, dependiente de la Biblia de Tours. Son notables sus elucubraciones sobre la Biblia de Alcuino, sobre el texto de París y los *Correctoria* de los Dominicos y Franciscanos. Dentro del capítulo sexto: *Exposición y exégesis de la Escritura*, se estudia la labor exegética y hermenéutica de San Gregorio el Grande (G. W. H. Lampe) y de los comentaristas desde San Gregorio a San Bernardo (J. Leclercq). La conocida medievalista Beryl Smalley trata de la Biblia en las Escuelas del Medioevo. El uso litúrgico de la Biblia en este período lo estudia otro especialista en la materia, S. J. P. van Dijk. Termina el capítulo sexto con otro minucioso ensayo sobre el estudio de la Biblia por los judíos durante la Edad Media escrito por E. I. J. Rosenthal.

Los capítulos séptimo y octavo desarrollan los temas sobre artistas y comentaristas de la Biblia (L. P. Milburn) e ilustraciones bíblicas en los manuscritos medievales (Francis Wormald).

Importante es el capítulo noveno dedicado a la investigación sobre las traducciones en lengua vulgar. J. Hunter estudia la Biblia Gótica (Ulfilas); G. Shepherd pasa revista a las versiones inglesas de la Biblia anteriores a Wicléff, que completa H. Hargreaves con un estudio sobre las traducciones del mismo. Sobre las versiones alemanas anteriores al año 1500 informa W. B. Lockwood, siguiéndole C. A. Robson con el estudio de las versiones

vernáculos francesas y K. Koster, de las traducciones en lengua italiana. Interesante para nosotros es la colaboración de Margarita Morreale sobre las versiones de la Biblia en castellano, catalán y valenciano. Sin embargo, no podemos decir que añada algo nuevo a lo que publicó ella en *Sefarad* (1960), (66-109), *Analecta Sacra Tarraconensia* (1960), (271-290) y otras revistas españolas que la autora señala en las páginas 533-535. Se hace difícil el pleno conocimiento de las diversas versiones de la Biblia al castellano y al catalán por razón de que tales versiones se encuentran desparramadas en diversos archivos y bibliotecas. El uso de las versiones de la Biblia en lengua vulgar no era extraño en la España medieval, a pesar de lo que digan Francisco de Enzinas y otros reformadores. En la bibliografía no hallamos el nombre del P. Llamas sobre las Biblias Medievales Romanceadas.

Este denso y rico volumen se cierra con un estudio de Luis Bouyer sobre *Erasmus en relación a la tradición bíblica medieval*. No sentía Erasmo mucha simpatía por los biblistas y teólogos medievales, mencionando solamente de paso a Hugo de Santo Caro y a Nicolás de Lira, a los que achacaba el abandono del estudio del Nuevo Testamento. En tanto, Erasmo, se interesaba por la obra bíblica de Jerónimo y de los Padres griegos y, sobre todo, por la obtención de un texto crítico del Nuevo Testamento, siguiendo el ejemplo de Lorenzo Valla. Preconizaba la reforma de la Iglesia por una renovación de la teología bíblica, basada en el estudio filológico del texto del Nuevo Testamento y en el conocimiento, renovado, de la exégesis patristica. Su edición del *Novum Testamentum*, del año 1516, que dedicó al Papa León X, se publicó precipitadamente por el afán de adelantarse a la edición del texto griego preparado en el volumen V de la Políglota de Alcalá. De ahí que, según el mismo Erasmo, su texto fue «praecipitatum verius quam editum». A diferencia de los biblistas medievales, Erasmo se interesó por el contenido humano de la teología bíblica, por su concepción de una filología crítica y de su uso como base para cualquier estudio sobre la Biblia.

Lo dicho sobre el contenido del libro es suficiente para que el lector aprecie en su verdadera dimensión la importancia y actualidad de los temas desarrollados. Como sucede en toda obra en colaboración, no todas las aportaciones son del mismo valor e importancia, pero cada autor ha cumplido con su misión de ofrecer sobre el tema que se le había confiado lo más fundamental y lo que las más modernas investigaciones habían establecido.

Luis Arnaldich

*Mélanges Bibliques* en hommage au R. P. Béda Rigaux, publiés sous la direction de Mgr Albert Descamps et du R. P. André de Halleux. Gembloux, edit. J. Ducolot, 1970, 618 pp.

Con motivo de cumplir 70 años de edad, un escogido equipo de escrituristas amigos, simpatizantes y admiradores han ofrecido al P. Béda Rigaux este volumen como reconocimiento de sus valiosas contribuciones en el campo de la exégesis, sobre todo, del Nuevo Testamento. Por petición expresa de otro gran maestro de Lovaina, Luciano Cerfaux, el P. Rigaux fue nombrado experto de la Comisión doctrinal del Vaticano II. Su presencia en dicho Concilio fue muy efectiva en la larga elaboración de la Constitución *Dei verbum* sobre la revelación. Donde se vislumbra más influyente el pensamiento del P. Rigaux en dicha Constitución es en el capítulo que trata del Nuevo Testamento, donde reaparece el contenido de la Instrucción de la Pontificia Comisión Bíblica del 21 de abril de 1964 sobre la *Historicidad de los Evangelios*. ¿Hasta qué punto el P. Rigaux, Consultor de la mencionada Comisión, influyó decididamente en la adopción del texto de la Instrucción? En el *Avant-propos*, el obispo de Namur, A. M. Charue, traza una semblanza de la personalidad de Rigaux, en donde pone de relieve su talento exegetico, su magisterio en el que se hermanan la ciencia y la fe y su personalidad arrolladora. A. Descamps, Rector Magnífico de la Universidad de Lovaina, escribe una larga biografía del *Hombre y de su obra* (pp. IX-XXI) donde aparece la verdadera dimensión humana, religiosa y científica del homenajeado. En adelante, su nombre aparecerá siempre ligado a los temas de la escatología neotestamentaria y de la teología paulina. Siguen unas páginas sobre la actividad literaria de Rigaux con setenta y dos títulos, entre libros y artículos.

La lista de colaboradores de este volumen es de treinta y siete exegetas, pertenecientes a doce países, entre los cuales hay católicos, ortodoxos y protestantes. Los temas versan sobre los Evangelios, Hechos de los Apóstoles, Cartas paulinas y sobre la doctrina de la inspiración bíblica. Abre el volumen de colaboradores un estudio de Pierre Bonnar, con el título de: *Matthieu, éducateur du peuple chrétien* (pp. 1-7). El Evangelio se escribió entre los años 80-90 d. C. No es una traducción de un evangelio en arameo. Debemos imaginarnos

al autor del Evangelio discutiendo con los judíos ya fuertemente helenizados y familiarizados con el Antiguo Testamento griego, mal visto en los ambientes dirigentes de Jerusalén.

Es imposible señalar uno por uno los trabajos que honran el volumen, donde desfilan los nombres de W. Trilling, Blinzler, Dupont, I. de la Potterie, Benoit, Schürmann, Schnackenburg, J. Gnilka, Lohse, Duplacy, etc. Detengámonos en unos pocos. La colaboración de A. George: *La parallèle entre Jean-Baptiste et Jésus en Lc. 1-2* (pp. 147-171), tiende a demostrar que Lucas tuvo dos intenciones al tratar paralelamente la infancia de Jesús y la de Juan. Con ello quiso significar que los dos han venido para cumplir un solo y mismo designio de Dios. Pero a lo largo de esta narración paralela, Lucas pone en evidencia la superioridad de Jesús sobre Juan, la subordinación del precursor al que prepara. Como la *synkrisis* griega, este paralelo equivale a menudo a una antítesis. P. Benoit se ocupa del texto: «Non erat eis locus in diversorio» (Lc 2, 7) (pp. 173-186). Los Evangelios de Mt y Lc sobre la infancia de Jesús presentan puntos de fricción, pero no son irreconciliables, con tal de que los traductores no se empeñen en verter *katályma* por hostería, hôtellerie, hostel. A una serie de preguntas, Benoit responde como sigue. El nacimiento de Jesús en Belén es un dato sólido. Pudo hacerse un censo antes de la muerte de Herodes, que probablemente coincide con el de Quirino. No parece que la mención del pesebre y de los pastores haya sido inventada para evocar a los antiguos pastores de Israel. Estudia largamente el sentido de *katályma* en la literatura griega bíblica y extrabíblica. «Creo posible, e incluso probable, que para el mismo Lucas el *katályma* de Belén fue simplemente una humilde *cámara* en la cual el recién nacido no encontró mejor cuna que un *pesebre*. Dudo que Lucas tuviera datos más concretos sobre la naturaleza de este alojamiento y que viera la casa familiar de José. En todo caso niego que Lucas lo haya concebido como una *hôtellerie*, de la cual la sagrada familia fuera *rechazada*, para refugiarse en un *establo*; no comparto toda esa imaginaria romántica demasiado difundida en el pueblo cristiano, pero que no tiene apoyo suficiente en el texto sagrado» (pp. 185-186). El texto de Lc 2, 7 apoya esta hipótesis si se toma *autois* como un *dativum commodi* («no disponían para los cuidados del recién nacido») y se da a *tópos* el sentido de *espacio*, *campo libre*. La traducción sería: «no disponían de espacio en la *cámara*». La casa era modesta y no disponía más que de una amplia habitación, donde convivían personas y bestias. Cuando Jesús nació, sus padres no encontraron mejor sitio para instalarle que un pesebre que estaba adosado o fijado al muro. Así, pues, para Benoit, el *katályma* no era más que la sala de recepción, la grande sala única de una mansión familiar.

Señalemos también el largo artículo de J. Duplacy sobre *Les Lectionnaires et l'Édition du Nouveau Testament Grec* (pp. 509-545), donde aborda el tema de su especialidad sobre el texto neotestamentario conservado en los leccionarios, cuyo número en la actualidad es de 2135. A estos leccionarios se les concede ahora más importancia de la que tuvieron antes en la restitución del texto crítico del N. T., sobre todo entre los sabios estadounidenses. El texto de estos leccionarios se reparte en dos grupos de importancia desigual. Prevalce en estos leccionarios el texto constantinopolitano. El volumen concluye con la aportación de B. N. Wambacq: *La nudité des premiers hommes* (Gén 2, 25, pp. 547-556) y de L. Arnaldich: *La doctrina de la inspiración bíblica en los teólogos y biblistas españoles del siglo XIX* (pp. 557-575). Para Wambacq, los primeros padres estaban desnudos, es decir, eran creaturas indigentes (*arummim*) que tenían necesidad de protección y ayuda. Pero no se avergonzaban de esta condición, porque no eran concientes de ello. Sólo después del pecado se dieron cuenta de lo que eran: seres indigentes, miserables. En mi comunicación pude probar con textos que en el siglo XIX existían en España diversas corrientes en torno a la inspiración bíblica, de manera que unos eran partidarios de las opiniones más rígidas en cuestión de inspiración verbal, y otros, el obispo Caixal y Estradé, partidarios de la sentencia de Lessio. El Cardenal Ceferino González fue el que mejor intuyó el problema para armonizar la inspiración bíblica con los avances de la ciencia.

Basta lo reseñado para darnos cuenta de la importancia que tienen *Mélanges Rigaux* para esclarecer algunos puntos difíciles de la exégesis bíblica, sobre todo, en temas referentes al texto del Nuevo Testamento. Los exegetas deben agradecer este obsequio en primer lugar al Padre Rigaux y, en segundo término, a Alberto Descamps y Andrés de Halleux que han preparado el volumen.

Luis Arnaldich

M. MEES, *Die Zitate aus dem Neuen Testament bei Clemens von Alexandrien*. Quaderni di «Vetera Christianorum» 2-Università di Bari, 1970, Istituto di Letteratura Cristiana Antica. pp. X + 217; IV + 267. 24 x 17 cms.

Este grueso volumen de dos partes con numeración independiente es un libro de un tipo especial, como eminentemente filológico y científico en el terreno de la crítica textual, y por tanto, por su contenido, por su metodología y por su estructuración.

Procede, como declara el autor en el Prólogo, de una tesis doctoral, ampliada después con la II Parte, presentada en el Instituto Bíblico de Roma. En realidad y tipográficamente constituye todo el conjunto del libro un volumen con dos tomos.

La arquitectura de la obra es, pues, bien neta. Una I Parte contiene la doctrina científica crítico-textual, relativa a las citas y variantes de los Padres sobre el Nuevo Testamento, con el análisis y estudio de las fuentes para el Nuevo Testamento griego. Y abarca tres secciones: La 1.<sup>a</sup>, la más extensa, comprende las citas literales del N. T., que recorre todos los libros Sagrados de dicho Testamento. La 2.<sup>a</sup>, son las citas procedentes de otras fuentes. La 3.<sup>a</sup> recoge los Logia formados por Clemente mismo. En la Introducción a la 1.<sup>a</sup> de estas tres secciones, da cuenta el autor de los nuevos hallazgos y su importancia para el valor de las citas de los Padres, y se refiere con ello a los papiros neotestamentarios, y de apócrifos, muy dignos de tenerse en cuenta para la corrección del texto. Estudia y confronta las citas de Clemente con las del grupo textual occidental y oriental, con el Códice Vaticano y el Sináítico y con otros grupos, que ilustran las correspondientes variantes, que se encuentran en el Padre Alejandrino, con respecto sobre todo, al Evangelio de Mateo. Menos abundosas son ya las cuestiones a estudiar bajo esos mismos aspectos en los demás libros del Nuevo Testamento.

En la sección 2.<sup>a</sup> considera Mees las citas indirectas de la Homilética, de la Catequética y de la Liturgia, aparte de otras fuentes extrabíblicas, como los libros apócrifos, y obras no cristianas, y principalmente, entre éstas, Platón.

En la sección 3.<sup>a</sup> recoge Clemente con fino análisis los métodos de la antigua crítica textual y modo de citar, y luego considera y estudia lo que llamaríamos las alusiones de Clemente a lugares bíblicos del N. T.

En la Parte II, que es como un tomo II, nos da el autor el texto griego de todas las citas literales neotestamentarias de Clemente, según la edición Berolinense y Lipsiense de Stählin, con un aparato crítico muy completo de las fuentes primarias.

Una Bibliografía muy extensa en pp. 259-267 cierra este valioso libro de gran rigor crítico e importancia para el aspecto y crítica textual del Nuevo Testamento.

J. Campos

N. J. GASTALDI, *Hilario de Poitiers exegeta del salterio*, Ed. Apis, Rosario, 1969, 300 pp.

Con esta tesis doctoral presentada en el Instituto Católico de París pretende el autor de la misma precisar y determinar de manera clara y detallada el pensamiento de Hilario en materia de exégesis sobre los salmos. Para ello ha planeado la obra en dos partes, en la primera de las cuales habla de Hilario y del recurso al salterio en la tradición latina: Tertuliano, Cipriano, Novaciano, Orígenes y Eusebio de Cesarea, y de la terminología exegética del *Tractatus super Psalmos* y de las otras obras exegéticas de Hilario.

La segunda parte es más amplia, es el núcleo de la obra, porque se refiere más directamente a la exégesis. Y aquí hay también, propio de una tesis, un capítulo introductorio sobre el salterio de los Setenta visto por Hilario, para pasar luego a la exégesis que el autor expone en dos capítulos centrales: la exégesis literal de los salmos y la interpretación espiritual de los mismos. Se cierra el libro con unos índices. La bibliografía se propone al principio.

Es el primer estudio sobre el tema con alarde de algo exhaustivo: es un valor. No podemos tampoco negar a Gastaldi el haber logrado convenientemente su intento que es éste: ahora podemos conocer con toda claridad y detalle la mente de Hilario sobre el salterio. Pero lo podemos conocer, añadimos nosotros, gracias al esfuerzo de síntesis y de orden que vemos en este estudio.

U. Domínguez del Val

G. SCHIWIY, *Iniciación al Nuevo Testamento. Comentario y material de trabajo: 1. Mateo, Marcos y Lucas*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1969, 531 pp.

Un comentario al Nuevo Testamento, apartándose un poco del camino tradicional. El original alemán, y que ahora traduce al español la Ed. Sígueme, apareció ya en 1965. Se trata —nos dice su autor en el prólogo— de «unir en lo posible las ventajas de un comentario, que explica de forma seguida el texto verso por verso con las de un breve léxico bíblico, de una colección de lugares paralelos del Nuevo Testamento, de una colección de textos histórico-religiosos del helenismo, y de una más amplia explicación de lo que sólo está apuntado en la Biblia» (p. 9). Todo esto quiere ser la presente obra.

Naturalmente, la empresa no es fácil, máxime teniendo en cuenta que, al mismo tiempo, se pretende evitar que la obra resulte extensa. Hasta tal punto se ha querido llevar la brevedad que, «para no agrandar y encarecer la obra, se ha renunciado a adondear al comentario el texto original» (p. 11). Punto este que sin duda no agrada a los lectores, pues se verán obligados, si es que quieren proceder en su lectura con claridad y orden, a tener también delante otro volumen con el texto bíblico.

En cuanto a la exposición o comentario en sí, son muy de alabar las abundantes citas y referencias bíblicas, de Antiguo y Nuevo Testamento, que ilustran el texto comentado. Igualmente aplaudimos la idea de haber añadido al comentario de determinados textos bíblicos, extensas citas de autores helenistas, judíos y griegos, que nos sitúan en el ambiente de aquella época, y dicen a veces ellos solos más que muchas páginas de explicación por nuestra cuenta.

Lo que ya no nos gusta tanto es ese criterio de «no discutir las opiniones varias de los especialistas sobre pasajes dudosos» (p. 11), contentándose con indicar simplemente la interpretación que el autor juzga personalmente más probable, lo cual —como es obvio— no significa necesariamente que lo sea. Pues bien, esto puede restringir demasiado la ilustración doctrinal a que el lector tiene derecho. Concretamente, por citar un ejemplo, quiero referirme a su interpretación de las palabras de María «*cómo se hará esto, pues no conozco varón*» (Lc 1, 34), que juzgo bastante discutible (p. 397). Por lo demás, el comentario sigue una orientación muy puesta al día, procurando examinar cada perícopa evangélica en ese momento de desarrollo evolutivo en que el autor cree que debe colocarse. Esto, en principio, está muy bien. Sin embargo, puesto que se trata de una obra «para no especialistas» (p. 9), quizás hubiera convenido algún mayor cuidado en no dar la impresión de que se da por cierto lo que dista aún mucho de serlo.

L. Turrado

J. GALOT, *Etre né de Dieu. Jean 1, 13* (Col. «Analecta Biblica, n. 37»); Pont. Inst. Biblico, Roma, 1969, 135 pp.

Obra monográfica, amplia y documentada, sobre el texto de Joh 1, 13. ¿Debemos leer en plural «...*ex Deo nati sunt*», con referencia al nacimiento espiritual de los cristianos, o debemos leer en singular «...*ex Deo natus est*», con referencia al nacimiento virginal de Cristo o quizás, como quieren otros, a su generación eterna del Padre? He ahí el problema al que intenta responder el P. Galot.

El problema no es nuevo y hace ya bastantes años que los críticos vienen discutiendo sobre él. La opinión tradicional, defendida también hoy por muchos autores (A. Viard, C. K. Barret, A. Wikenhauser, R. Schnakenburg, R. E. Brown...) está por la lectura en plural, que es la de la Vulgata y la de la casi totalidad de códices y versiones. Sin embargo, no pocos autores (Th. Zahn, M. E. Boismard, F. M. Braun, D. D. Mollat...) se inclinan por la lectura en singular. A ellos habremos de añadir desde ahora al P. Galot.

Después de recorrer los escritos de los Padres, el P. Galot llega a la siguiente conclusión: «Hubo un primer período (Ignacio de Antioquía, Justino, Ireneo, Hipólito, Tertuliano) con el singular; después, un cambio del singular en plural y un triunfo cada vez más completo del plural con la eliminación casi total del singular» (p. 86). ¿Cómo se realizó el cambio? El P. Galot se esfuerza por explicarlo (pp. 87-89), e insiste en que Tertuliano echa en cara explícitamente a los Valentinianos de haber cambiado el texto de Juan, transformando el singular en plural, para aplicarlo al «*semen illud arcanum electorum et spiritualium*», que eran ellos (pp. 43-44). En cuanto a crítica interna, es decir, consideración del texto joánico en su contexto, el P. Galot trata también de explicar que está a favor de la lectura en singular (pp. 95-124).

Desde luego, el serio y razonado estudio del P. Galot hace pensar, y habrá de ser tenido

en cuenta por cuantos se decidan a seguir investigando en el problema. Pero, aparte de que los testimonios de esos Padres más antiguos, si exceptuamos a Tertuliano, son poco claros creemos que no acaba de desaparecer el interrogante: ¿cómo es posible ese cambio prácticamente unánime al plural, de modo que autores ya tan antiguos como Clemente Alejandrino y Orígenes citen el texto joánico en plural, sin que traten de justificar esa lectura, ni aparezcan dudas por ninguna parte?

L. Turrado

J. COLSON, *L'énigme du disciple que Jésus aimait*. Ed. Beauchesne, Paris, 1969, 127 pp.

Es sabido que el IV Evangelio habla con frecuencia de un «discípulo a quien Jesús amaba» (cf. 13, 21-26; 19, 25-27; 20, 2-10; 21, 2-7), del que nunca se da el nombre, pero al que se presenta como autor del IV Evangelio (cf. 21, 19-24).

Pues bien, ¿quién es este discípulo innominado? Para los exegetas católicos ha sido opinión unánime, ya desde la más remota antigüedad (Ireneo, Clem. Alejandrino, Orígenes, Tertuliano, Jerónimo, Agustín, Crisóstomo), que ese «discípulo» no es otro que Juan apóstol, hermano de Santiago e hijo del Zebedeo. Los mismos evangelios dan fundado pie para ello. Sin embargo, ya desde fines del siglo XVIII, numerosos críticos acatólicos vienen negando al apóstol Juan la paternidad del IV Evangelio, que sería obra de un autor posterior no fácil de determinar. La profundidad teológica de este escrito supera —dicen— la capacidad intelectual de un hombre sin cultura como era el apóstol Juan, pescador del lago de Galilea. En apoyo de su tesis aducen ciertos datos esporádicos, atribuidos a Papías, y conservados por Felipe de Side (siglo V) y por Jorge Hamartolos (siglo IX), que parecen suponer que Juan apóstol fue martirizado por los judíos en época temprana junto con su hermano Santiago. En cuanto a identificar al «discípulo» innominado, a quien Jesús amaba, para muchos se trataría de un personaje meramente simbólico.

La tesis de J. Colson, autor católico muy conocido por sus estudios histórico-bíblicos sobre los primeros tiempos de la Iglesia, coincide en gran parte con la de estos críticos, en cuanto a negar a Juan apóstol la paternidad del IV Evangelio; se diferencia, en cambio, en algo sustancial, es a saber, en que para Colson ese «discípulo» innominado, autor o al menos inspirador del IV Evangelio, es un personaje real de la época apostólica, que «da testimonio» de lo que él mismo ha visto y contemplado (p. 8). Es decir, queda claramente a salvo el origen apostólico del IV Evangelio, que es lo realmente esencial.

Concretando más, dice Colson que ese «discípulo a quien Jesús amaba» no parece haya de buscarse entre los Doce, sino que sería un sacerdote de Jerusalén, en cuya casa celebró Jesús la última cena, y que, como dueño de la casa, se sentaba a la derecha del que presidía la mesa (p. 87). Este mismo discípulo sería el que recibió de Jesús, estando en la cruz, el encargo de recibir en su casa a María (p. 97), y probablemente el mismo que, por ser conocido del Sumo Sacerdote, pudo introducir a Pedro en palacio (p. 95). Más tarde, este «discípulo» habría pasado a Asia, y a él aludiría Papías cuando habla del «presbítero Juan», discípulo del Señor, después de haber dado ya la lista de los Apóstoles y entre ellos Juan (pp. 112-113). Insiste Colson en que, de este modo, se explica mejor el carácter sacerdotal del IV Evangelio (pp. 19-27), así como muchas expresiones de los evangelistas (pp. 94-106).

¿Qué decir a esto? Ciertamente algunas expresiones de los Evangelios parecerían explicarse mejor, y cierto también que por sólo los Evangelios no puede probarse apodícticamente que el «discípulo a quien Jesús amaba» haya de identificarse necesariamente con Juan apóstol; pero la tradición es clarísima a este respecto, a partir de Ireneo, quien expresamente alude a sus tiempos de infancia en Asia, oyendo a Policarpo, que había conversado personalmente con Juan apóstol, único al que se refiere siempre Ireneo. Decir, como hace Colson siguiendo a los críticos antes citados, que se trata de una confusión de Ireneo (pp. 32-34. 55.72.84), nos parece una afirmación para la que no encontramos ningún apoyo realmente serio.

L. Turrado

J. DUPONT, *Les Béatitudes. Tom. II. La bonne nouvelle* (Col. «Etudes Bibliques»), J. Gabalda, Paris, 1969, 426 pp.

Convendrá empezar con algo de historia. Es un hecho que la redacción de Mateo (5, 1-12) y la de Lucas (6, 20-26) son bastante diferentes al transmitirnos las bienaventuranzas, que ambos ponen en boca de Jesús. Las diferencias han sido notadas por los exegetas ya des-

de antiguo, procurando dar cada uno la explicación que juzgaba más razonable. Es sobre todo en los últimos decenios, con el triunfo de la *Formgeschichte*, cuando esta cuestión ha sido más estudiada, tratando de separar los elementos primitivos, que parecen responder a las circunstancias del ministerio de Jesús, y los que reflejarían más bien las preocupaciones de la comunidad primitiva o de los autores sagrados. Obra clásica en este sentido es la de J. Dupont, publicada en 1954, bajo el título: *Les Béatitudes. Le problème littéraire, le message doctrinal* (Bruges-Louvain).

Al agotarse la edición de 1954, J. Dupont ha querido darnos una obra enteramente refundida, y lo que era un volumen se ha convertido o se va a convertir en tres. El primero, referente al *problema literario*, fue publicado ya en 1958, y últimamente (Paris, 1969) ha sido incorporado, con reimpresión anastática, a la célebre colección «Etudes Bibliques». Es ya dentro de esta misma colección donde se publica el segundo volumen, que es el que ahora presentamos. En él se estudian las *cuatro bienaventuranzas* comunes a Mateo y Lucas, pero leídas en la formulación que J. Dupont cree ser la más primitiva, en conformidad con lo expuesto en el volumen primero. Reserva para un tercer volumen el estudiar los elementos que juzga propios de Mateo o propios de Lucas en su redacción de las bienaventuranzas.

Se trata de una obra perfectamente estructurada, hecha con mucha seriedad, y que merece toda nuestra atención. El autor distingue dos partes principales. En la primera (pp. 11-278), son estudiadas las tres primeras bienaventuranzas, *pobres-afligidos-hambrientos*, que, a juicio del autor, forman «un todo indisoluble y son como triple expresión de una declaración única» (p. 13). La tesis del autor, en contra de la interpretación corriente, es que estos desheredados de la fortuna son proclamados bienaventurados no en virtud de sus *disposiciones morales*, porque «sean mejores o estén mejor dispuestos que los otros, sino simplemente porque Dios quiere reinar como *rey justo*, manifestando su solicitud en favor de los desvalidos» (p. 90). Son éstos, los pobres y desvalidos, los que necesitan se les haga justicia, y si Dios promete su protección, es «en razón de su misma situación desgraciada, sin que intervenga necesariamente la consideración de su piedad» (p. 49). La idea la repite constantemente el autor (cf. pp. 15.40.44.88.123.142.232). Podemos, pues, decir que esas bienaventuranzas en labios de Jesús, con trasfondo en el texto de Is 61, 1-3 (pp. 40.96.129), son sencillamente «una variante de la buena nueva: *El Reino de Dios está cerca*» (p. 143). Es sumamente expresivo a este respecto el texto alusivo al Faraón Ramsés IV (s. XII a. C.) saludando el comienzo de su reinado, y en el que dice el autor que es lícito percibir como un «primer presentimiento de la proclamación de la Buena Nueva a la que Jesús ha dado la forma de bienaventuranzas» (p. 60).

En la segunda parte (pp. 281-378) estudia el autor la cuarta bienaventuranza, relativa a los *perseguidos*. Dice que esta bienaventuranza «no tiene con las precedentes sino un vínculo muy superficial, y supone un contexto de vida completamente distinto, y evidentemente más reciente» (p. 283). Hace notar, a parte otras diferencias, que las tres primeras miran al presente, anunciando el final de una situación de injusticia con la llegada del Reino, mientras que ésta mira al futuro, pues no se alude simplemente a los perseguidos, como antes se aludía a los pobres, sino a los perseguidos «a causa de la fe de Jesús», es decir, que hemos dejado el mundo veterotestamentario y nos encontramos metidos de lleno «en la comunidad cristiana perseguida» (pp. 282 y 294).

Apoyados en esta diferente perspectiva, no pocos críticos consideran esta cuarta bienaventuranza como «una creación literaria de los cristianos perseguidos», cosa que nuestro autor matiza diciendo: «Sin negar la influencia que la experiencia de la persecución ha ejercido probablemente en la formulación de la bienaventuranza, debemos advertir que esta bienaventuranza tiene estrecho parentesco con todo un conjunto de sentencias evangélicas cuya datación tardía no siempre es evidente» (p. 283). Y después del análisis de todas estas sentencias, concluye: «Hay serias razones para pensar que la formulación de esta cuarta bienaventuranza no se remonta, tan cual, hasta el ministerio de Jesús. Sin embargo, en cuanto al fondo, ella refleja muy bien la idea que Jesús se hacía de la significación escatológica de su misión y de la importancia decisiva que revestía la fe en El para la salud de sus oyentes» (p. 378).

Tales son las principales conclusiones a las que llega J. Dupont. Su obra, realmente magistral, marcará un hito en la historia de la exégesis de las bienaventuranzas. Naturalmente, ello no quiere decir que todas sus conclusiones sean ya claras. Nos movemos en un terreno sumamente complejo, y siempre resultará difícil esa tarea de descomponer en piezas los relatos evangélicos y determinar cuándo ha ido entrando en ellos cada pieza. ¿Es que la expresión «a causa de mí» no puede ser ya de Jesús, ese mismo Jesús que se proclamaba mayor que el Templo y que exigía constantemente la fe en El?

L. Turrado



S. LYONNET, *Les étapes de l'histoire du salut selon l'épître aux Romains* (Col. «Bibliothèque oecuménique, n. 8), Ed. du Cerf, Paris, 1969, 230 pp.

Libro interesante y que abre amplios horizontes ante el lector, como en general todos los del P. Lyonnet. Sustancialmente, como nos advierte su autor (p. 7), se trata de lecciones tenidas durante el año 1967 en la cátedra de *ecumenismo* de las Facultades Católicas de Lyon.

Recalcando su importancia ecuménica, dice Lyonnet, recogiendo una frase del P. Lagrange, que la carta a los Romanos fue «el punto de partida de la Reforma protestante», sin que resulte exagerado decir que «el día en que los católicos y protestantes se encuentren de acuerdo sobre la interpretación de esa Carta, se habrá casi convertido en realidad la unidad dogmática, al menos sobre gran número de puntos» (p. 11). De hecho, prosigue Lyonnet, los que podemos llamar padres de la Reforma (Lutero, Calvino y Melancthon) han formulado sus doctrinas a base fundamentalmente de esta Carta, como podemos ver en numerosos textos (pp. 13-23).

Dicho esto, a manera de introducción, el P. Lyonnet va examinando a lo largo de siete capítulos algunos temas centrales de la Carta, tales como la «justicia de Dios», el «pecado original», el hombre «liberado» por Cristo, etc. Su exposición, clara y sustanciosa, recoge fundamentalmente los puntos de vista que ya conocíamos por otras publicaciones suyas anteriores. Así sucede, por ejemplo, con el término «justicia» de Dios, de que tanto se ha discutido, y sobre el que dice que actualmente «tiende a establecerse cierto *consensus*», como vemos en la «Traducción ecuménica de la Biblia», particularmente en sus notas a Rom 1, 17-18 y 3, 6.24.26 (p. 25); así sucede también con el «todos pecaron» de Rom 5, 12, que el P. Lyonnet interpreta no de un *pecado en Adán*, sino de los *pecados personales* de cada uno, aunque en estrecha dependencia con el pecado de Adán (pp. 94-99). Lo mismo se diga de ese «yo» retórico usado por San Pablo en Rom 7, 7-11, y que el P. Lyonnet, separándose de la mayoría de los exegetas y siguiendo a Lagrange, interpreta con referencia al hombre inocente representado por Adán en el paraíso (pp. 121-137).

Evidentemente, no todos los exegetas están de acuerdo con algunas de estas interpretaciones; pero no cabe duda que la obra en conjunto es excelente y nos ayuda a penetrar en ese grandioso mundo del pensamiento paulino, tal como se deja traslucir en la Carta a los Romanos.

L. Turrado

A. M. HUNTER, *Il dibattito sul Vangelo di Giovanni* (Col. «Piccola biblioteca teologica, n. 5). Ed. Claudiana. Torino, 1969, 215 pp.

La obra, cuya traducción italiana presentamos, está publicada originariamente en inglés bajo el título «According to John» (London, 1968).

Su autor, profesor de Nuevo Testamento en la Universidad de Aberdeen, conoce perfectamente la problemática en torno al IV Evangelio y las diversas y a veces encontradas opiniones de los críticos. Es este un Evangelio del que se ha escrito muchísimo en los últimos años. En su obra, ágil y serena, A. H. Hunter nos presenta un alicionador «estado de la cuestión», abordando todos aquellos temas en que suelen insistir los críticos: lenguaje, trasfondo doctrinal, topografía, relación con Sinópticos, manuscritos descubiertos, etc. Una amplia y ordenada bibliografía, puesta al final de la obra (pp. 187-205), podrá servir de gran ayuda a los lectores que deseen seguir investigando en estos problemas.

La conclusión principal a que llega el lector, después de la lectura de este libro, es la de que ha habido, en el campo de la crítica, un profundo cambio respecto de lo que se opinaba en los primeros decenios de este siglo. Lo expresa muy bien el autor comparando dos testimonios, el de K. Lake, hace unos 30 años: «Juan contiene quizás algún fragmento de tradición auténtica, pero, en general, nos movemos en el campo de la invención»; y el de C. H. Dodd, en 1963: «Detrás del IV Evangelio se deja traslucir una antigua tradición, independiente de los otros evangelios y merecedora de seria consideración, que contribuye a nuestro conocimiento de los hechos históricos referentes a Jesucristo» (pp. 7-8).

L. Turrado

P. DORNIER, *Les Épîtres pastorales* (col. «Sources Bibliques»). J. Gabalda, Paris, 1969; 253 pp.

Pertenece a la colección «Sources Bibliques», publicada por la Editorial Gabalda. Sigue, dentro del Nuevo Testamento, al comentario a la Carta a los Gálatas por A. Viard, publicado en 1964.

Es un comentario científico, hecho con seriedad y amplia visión, aunque evitando los tecnicismos y erudición bibliográfica, como es norma en los comentarios de esta colección. A la Introducción (pp. 9-29), en que se examinan las obligadas cuestiones de destinatarios, errores combatidos, autenticidad, etc., sigue el comentario propiamente dicho (pp. 30-253), intercalando un Excursus sobre: *Los ministerios en los orígenes de la Iglesia* (pp. 163-175).

Por lo que se refiere a la autenticidad de las cartas, el autor se inclina a la opinión de que son de Pablo, pero no en su redacción actual. Concretando: Pablo habría escrito unas cartas «más cortas, más espontáneas y más representativas de su teología. Pero, después de su muerte un discípulo, que pertenecía sin duda a la Iglesia de Roma, habría publicado esas tres cartas (hacia los años 70-80) en una edición más desarrollada y que respondía mejor a las necesidades de la Iglesia de su tiempo» (p. 25).

Por lo que respecta a la organización eclesiástica, con presbíteros-obispos y diáconos, tendríamos reflejada una situación muy semejante a la del período de los grandes viajes paulinos, pero con indicios ya de cierta evolución, en el sentido de que la «*episcopé*» o función de dirección estaría confiada, no ya simplemente al grupo de «presbíteros», sino a uno de ellos, probablemente sólo por un tiempo determinado, y quizás por turno (p. 18 y 168). En realidad, es la misma opinión que se ha ido haciendo ya bastante corriente, a partir del comentario a las Pastorales del P. Spicq. Sin embargo, en cuanto a pruebas *positivas*, hemos de confesar que la razón alegada, es a saber, que el término «obispo» se emplea en singular, no logra convencernos. Puede muy bien tratarse de un singular *genérico*, y concretamente en el caso de Tit. 1, 7, eso está pidiendo claramente el contexto. Tampoco nos acaban de convencer las razones alegadas para tener que retrasar hasta después de la muerte de Pablo la redacción actual de nuestras tres cartas.

L. Turrado

R. BAULÉS, *L'Évangile, puissance de Dieu. Commentaire de l'épître aux Romains* (col. «Lectio divina», n. 53). Ed. du Cerf, Paris, 1968; 334 pp.

Es un comentario *sui generis* de la Carta a los Romanos. Así lo pide la orientación y directrices de la colección «Lectio divina», a la que pertenece. No se trata de ir comentando detalladamente la Carta versículo tras versículo, sino más bien de recoger las ideas fundamentales y en el mismo orden en que las presenta San Pablo, procurando captar su pensamiento en cuestiones tan centrales como *cólera de Dios, justicia de Dios, justificación, incredulidad de Israel*, etc.

El autor se muestra sutil en su exégesis y tiene sumo empeño en no interpretar a San Pablo con categorías conceptuales que supone más bien griegas. Dice que «el sistema conceptual utilizado en general por San Pablo es el sistema bíblico, y es necesario que nos situemos en el mundo de la Biblia y, dentro de este mundo, entender a San Pablo» (p. 9). Lo cual, dicho así de manera general, es evidente; pero la aplicación no resulta fácil. A título de ejemplo, puede fijarse el lector en el comentario a Rom 5, 12-21 (pecado original) y 13, 1-7 (obediencia a las autoridades civiles), dos pasajes de gran importancia doctrinal, pero cuya interpretación por nuestro autor juzgamos bastante nebulosa. Es el empeño en huir de toda metafísica, hablando más bien de «horizonte existencial» y de «experiencia vivida» (p. 175).

L. Turrado

MAXIMILIANO GARCÍA CORDERO, O. P., *Teología de la Biblia*. I Antiguo Testamento. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1970, 748 pp.

El P. Maximiliano, hermano de hábito del insigne P. Colunga, es conocido en España y fuera de nuestras fronteras por su apreciada y abundante producción literaria. Destacamos en él una capacidad de trabajo asombrosa, un dinamismo intelectual creciente, y una preparación lingüística y científica nada comunes. Maestro en saberes bíblicos es el primer español que abre camino en el campo dilatado de la teología bíblica, obra de alientos de titanes. Define de entrada, qué entiende por Teología de la Biblia: Es un conjunto de doctri-

nas sistematizado «teniendo en cuenta, de un lado, el *proceso evolutivo* ideológico ascendente de la *historia de la salvación*, reflejado en los diversos libros sagrados, y, de otro, la *unidad doctrinal* de la Biblia, basada en el *designio salvífico divino* sobre la humanidad dentro de las exigencias de la *analogía de la fe*» (p. 28).

Divide el autor su obra en cuatro partes. En la *primera* estudia el tema Dios, sus nombres bíblicos, la evolución del concepto, el Dios de la elección y de la «alianza», sus atributos y sus manifestaciones. Viene luego el estudio de la angelología en sus dos vertientes, ángeles buenos y demonios. Y, finalmente, aparece el hombre, rey del cosmos visible. La *segunda parte* la titula el autor «las esperanzas». Se refiere al mesianismo, al reino de Dios y a la escatología. En la *tercera parte* enumera los deberes ético-religiosos del hombre para con Dios y su prójimo. Y, en la *cuarta parte* pasa examen a la caída del hombre y a su rehabilitación: pecado original, su universalidad y su transmisión.

Empresa ardua sistematizar cuanto el genio de los hagiógrafos sembró a través de los siglos en un lenguaje cuajado de imágenes, arropado en enigmas, incrustado en conceptos existenciales. Más, si, como hace el P. Maximiliano, cierra el balcón a la luz neotestamentaria y ciñe el empeño a las afirmaciones de cada libro inspirado en su contexto histórico-literario de cada época. Hay que evitar el fácil sendero de los esquemas occidentales y adentrarse por las rutas zigzagueantes de los profetas.

No faltan ensayos similares, pero, entre los católicos, apenas encontramos tres nombres: Heinisch, Ceuppens y P. van Imschoot. Desde ahora queda escrito por derecho de conquista, en este tríptico, el nombre del P. Maximiliano G. Cordero.

(cf pag. 154\*)

L. de Vega

HANS CONZELMANN, *Théologie du Nouveau Testament*, Editions du Centurion, Paris, 1969, 390 pp.

La obra de C. publicada en su edic. original alemana en el año 1967, por Chr. Kaiser Verlag. En esta edición francesa entra a formar parte, con el n. 21, de la *Nouvelle série théologique*, que dirige y promueve la editorial «Labor et Fides» de Ginebra.

El sentido de esta obra queda muy definido por el concepto de teología bíblica, que el autor expone en el prólogo, y que brinda a algunos teólogos católicos de reflexión. La teología del Nuevo Testamento, dice es la disciplina en la que desembocan todos los temas de discusión que pueden ser abordadas en el vasto campo de la exégesis del Nuevo Testamento. Tema de reflexión, digo, porque el teólogo debe remontar el nivel del exegeta, o cuando menos, hacer otra labor distinta de la de aquel, aunque usufructúe sus conocimientos, sus hallazgos y sus conquistas. Por eso, la teología bíblica puede ser más dúctil que la misma exégesis, y cambiar de fisonomía con mayor facilidad, según las circunstancias de tiempos y de personas, a quienes se ordena. En su prólogo, Conzelmann se hace cargo de la situación de la teología del Nuevo Testamento en la actualidad, del impacto hecho por las teorías de Bultmann, sin que ello represente un dominio absoluto e indiscutido en este terreno. El sabrá quedar en el justo medio entre posiciones diversas y aportar en la mayor parte de los casos sus soluciones, de signo personal. Su obra quiere servir de orientación y manual para los estudiantes; pero, contiene una carga más rica y amplia, de la que pueden beneficiarse otros estudios.

La obra consta de cinco partes, precedidas de una sustanciosa introducción. En ella plantea y expone el problema de qué es una teología del Nuevo Testamento (objeto, historia, bibliografía, etc.), que debe tener en cuenta el medio ambiental judaico y helenístico.

La parte primera estudia el kerigma de la comunidad primitiva y de la comunidad helenística. Superadas las etapas difíciles y discutibles de la formación de la primitiva comunidad eclesial, analiza de manera particular la función de los elementos culturales y de los sacramentos bautismo y cena, la proclamación de la fe y el contenido de la primitiva predicación, que incluía una serie considerable de títulos cristológicos. La parte segunda analiza el kerigma de los sinópticos y su idea de Dios, de reino de Dios, de exigencia de Dios, la cuestión de la conciencia que Jesús tenía de sí mismo, su matiz teológico general. La parte tercera constituye una detallada exposición de la teología de San Pablo, que requiere y exige una metodología especial, cuyo estudio no descuida el autor. Como temas básicos analiza la fe, las nociones antropológicas (cuerpo, carne, alma, espíritu, inteligencia, corazón, etc.); la esperanza, el acontecimiento de la salvación y la salvación de Dios en Cristo; la gracia, la ley; la Iglesia —la predicación y los sacramentos, etc. La parte cuarta estudia la evolución teológica, o el progreso después y a partir de Pablo: la regla de fe, el problema de ortodoxia y herejía, la Iglesia, como institución y la escatología. Finalmente, la parte quin-

ta expone el pensamiento teológico de San Juan. Supuesto el enmarque ambiental, pasa a estudiar los problemas de la doctrina, acerca de Cristo, la relación Padre e Hijo, el envío del Hijo al mundo, el mundo y el hombre, la comunidad en el mundo, la escatología...

Libro amplio, denso en contenido, elaborado con una técnica seria, con análisis filológico y ambiental de las fórmulas. Ello no quiere decir que aceptemos todas las conclusiones del autor; pero, hay que reconocer el valor interno de su aportación a la teología del Nuevo Testamento con esta obra.

A. Martínez

## B) TEOLOGIA DOGMATICA

*Miscelánea Manuel Cuervo López. Homenaje de antiguos alumnos.* Dirige Horacio Santiago-Otero. Salamanca, 1970, 574 pp.

Es una alegría grande el poder recensionar este libro de homenaje a un ilustre profesor de la Pontificia Universidad de Salamanca. Según se afirma en la presentación, «los que tuvimos la suerte de seguir sus lecciones hemos querido, por todos los medios, evitar un defecto, por desgracia bastante generalizado: el olvido. Los modernos, bajo pretexto de discreción, han llegado a canonizar la ingratitud» (p. 7). Esta alegría se ve empañada por el recuerdo de la muerte del Padre Cuervo, acaecida hace muy poco tiempo. Sirva esta conmemoración como un acto más de agradecimiento al que fue ilustre profesor de Salamanca.

En la presentación traza Horacio Santiago-Otero una semblanza biográfica del P. Cuervo (pp. 7-10). A continuación aparece una relación cronológica de los escritos del P. Cuervo: la lista abarca 57 títulos entre libros, artículos, boletines y notas críticas; relación que ha preparado también Horacio Santiago-Otero.

Este libro de homenaje está compuesto por 23 estudios, de diferente temática y de diverso estilo y orientación. Es difícil hacer una valoración conjunta de los mismos. Nos limitamos únicamente a reseñarlos: «David, rey de Israel» (A. González Núñez); «Primogénito. Un fragmento de cristología paulina» (M. Legido); «La parábola de los viñadores. Estudio crítico-literario e interpretación» (R. Silva Costoyas); «Teología de la historia de Israel según San Agustín» (J. Alvarez Maestro); «La ciencia 'humilde' de Jesús en Ricardo de San Víctor (+1173)» (H. Santiago-Otero); «La causalidad de los sacramentos según Egidio Romano» (J. M. Ozaeta León); «El contenido cristológico de las catequesis aquinianas» (A. Huerga); «La caridad definida por su dimensión eclesial en Santo Tomás» (A. Osuna Fernández); «Santo Tomás de Aquino y la esencia sacramental del sacrificio de la Misa» (A. Rodenas Martínez); «La liturgia como lugar teológico en la teología sacramentaria de Santo Tomás» (C. Borobia); «Catálogo de fuentes del proceso del arzobispo Carranza, según un manuscrito del 'British Museum'» (E. Llamas-Martínez); «Francisco Zumel en los últimos cincuenta años» (V. Muñoz Delgado); «'Theologia Ecclesiae'. Las relaciones entre la ciencia y la fe según J. B. Franzelin» (J. M. G. Gómez-Heras); «Hombre y pecado, según la constitución 'Gaudium et Spes'» (A. Peteiro Freire); «La evasión del mundo, falsa solución de la soteriología cristiana» (J. A. Bernad); «Renewal and Adaptation of Christian Spirituality» (J. Aumann); «La teología en los seminarios» (D. L. Greenstock, T. O. P.); «Sugerencias teológico-jurídicas en torno al matrimonio de herejes» (F. Cantelar Rodríguez); «Aspectos religiosos del fenómeno del turismo» (J. M. Vázquez); «Persona y naturaleza en Boecio» (A. Lobato); «Origen y desarrollo de la filosofía de la historia en la Edad Moderna» (G. González Alvarez); «Hegel: Muerte de Dios y liberación del hombre. Crítica de las filosofías de la subjetividad (Kant, Jacobi y Fichte)» (M. Alvarez-Gómez); «Saber científico y saber filosófico. Algunas consideraciones acerca de su distinción» (J. Brufau Prats).

Marciano Vidal

M. SCHMAUS, *El credo de la Iglesia católica. Orientación posconciliar*; trad. del alemán (vols. I-II). Ed. Rialp, Madrid, 1970, 754-850 pp.

Esta obra es un manual de teología dogmática, clasificada así por el mismo autor, en el que quiere ofrecer al hombre de hoy una exposición comprensible de la fe católica. En una